Violentas ráfagas heladas, cortaban como cuchillos los rostros cárdenos de los soldados, envueltos en sus capotes azules, caladas las capuchas, avanzando como en una fatídica procesiòn de monges, al lado del trágico desastre del incendio de la iglesia, que continuaba lentamente..... mientras llovía.

Allì hubo que relevar un pequeño destacamento del 11º establecido desde la mañana, cuyos hombres habían trabajado todo el día en amontonar los cadáveres que había, arrojándoles vigas y viejas puertas para quemarlos.

Habían abierto también claraboyas, tras las que se apostò la tropa.

Al poco tiempo oscureció por completo.

Miguel, abrumado de fatiga, entumido por el frío, chorreando agua, se sentó en una piedra, contemplando con extraño pavor el edificio oscuro. Las tinieblas eran densísimas, y sòlo allá á lo lejos se advertían fulgores rojizos y constelaciones de chispas. De cuando en cuando se oían ruidos lejanos; algún trozo de techo que se hundía, alguna pared que se desmoronaba.

A las ocho sonaron las notas de las cornetas en el silencio de aquella noche oscura y lluviosa: *atención*, *parte y diana*, repetidos veinte veces en los contornos del valle.

El oficial acurrucado en un rincón al lado del corneta encargado de contestar la contraseña dormitó á ratos, despertando á cada momento con grandes sobresaltos nerviosos, creyendo que lo sorprendían en aquella falta ó que el enemigo se le echaba encima.

Pero no; la lluvia siguió calmándose hasta las dos de la madrugada, hora en que el frío se hizo insoportable, al grado que algunos pobres diablos de soldados se quejaban dolorosamente, como si tuviesen los pies gangrenados.

XXII.

A la mañana siguiente, el viento, soplando con gran fuerza, barrió con las nubes y la lluvia cesó por completo.

Entonces pudo la tropa encender grandes fogatas para secarse, calentándose un poco y asando los trozos de carne de que iban provistos.

Llegó un ayudante del general, diciendo que esa mañana á las diez, se tomarìa el cuartel, debiendo la fuerza que ocupaba la iglesia, permanecer á la espectativa sin abandonar el puesto, limitàndose su papel á evitar toda fuga del enemigo por el espacio que abarcara el alcance de sus fuegos.

El oficial se preparó á presenciar el asalto tras las claraboyas practicadas en la vetusta pared del convento.

En la casa de Cruz seguía el silencio mortal de los dias anteriores....vió acercarse grupos de soldados, cargados con rastrojo y ramas secas, como para la toma de la iglesia....el cañon desde la casa Medrano hizo tres disparos y luego fué el asalto; los soldados á los gritos de—¡Viva el once batallón! se precipitaron cargados de combustible, hácia las paredes de la casa cuyas aspilleras se cubrieron de humo de pòlvora, oyéndose algunos disparos.

Los asaltantes, tras la empalizada que cercaba el *cuartelito* y tras montones de piedras, hicieron alto y se correspondió al tiroteo, apuntando á las aspilleras para quebrantar la resistencia; después se precipitaron á la carga, lan-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

zando esos gritos que tanto animan á nuestros soldados:

—¡Viva el once batallón! ¡Viva México!

Y allá, tras las paredes acribilladas à balazos contestaron como siempre aquellos gritos que causaban pavor y presagiaban la muerte:

¡Viva el gran poder de Dios! ¡Viva María Santísima! ¡Vengan los del once! ¡A ver si ahora corren!

Tres soldados se precipitaron sobre una de las esquinas, y allí rápidamente, mientras un fuego nutridísimo de los suyos despostillaba los adobes, ellos subiendo uno sobre otro, agarrándose de las piedras salientes é hincando las rodillas en los huecos treparon á la azotea de solo cinco metros de altura; y cuando el primero puso el pié en ella, alzándose con las manos ensangrentadas, todos prorrumpieron en aplausos, bravos y vivas á su batallón. Después, aquel dió la mano à otros y á otros....se les pasaron unas barretas de acero y principiaron á horadar el techo; después subieron los oficiales; uno corrió á quitar la bandera cuya asta se alzaba al borde de una pared; los de abajo arrojaron á los de arriba rastrojo y leña seca; se la encendió, y ardiendo, por un gran boquete abierto, lanzaron al interior aquellos combustibles.

Los sitiados que ya apenas contestaban, hacían fuego de cuando en cuando, de abajo hácia arriba, por la chimenea, desde donde también en sentido inverso enviaban los asaltantes una lluvia de plomo y fuego.

Después....de las oradaciones del techo salieron lentamente columnas de humo negro, las detonaciones cesaron....los que estaban en la azotea saltaron á tierra.

¡Ni un solo cadáver, ni un solo herido habia costado incendiar la inexpugnable fortaleza tomada por hambre!

Partió entonces del cuartel general el toque de "diana," que repitieron en diversos tonos todas las cornetas, en señal del término de la campaña. Aquellas notas bélicas tan alegres, sonaron lúgubremente en medio de aquel campo de tristeza y de las ruinas del pueblecillo incendiado.

La campaña estaba terminada; el último reducto ardia presa de inmensas y silvantes llamas que el fuerte viento de aquella mañana avivaban, en tanto que precipitadas resonaban en el ambiente puro las dianas, contrastando su atronador regocijo con la desolaciòn de aquel panorama de ruinas y muerte.

Secciones de soldados con camillas improvisadas llegaron à la casa que ardía; á barretazos se echó abajo la puerta; algunos *pimas* penetraron al interior de aquel horno, apareciendo después, negros de humo y de cenizas cargando los heridos *tomoches* como fardos de carne humana, semi palpitante aun; fardos sangrientos y calcinados que surgían silenciosos de un ambiente de infierno.

Contemplando los trágicos progresos del incendio del último reducto de Tomochic, habìa soldados del 11º, 24º y Auxiliares de Chihuahua. Algunos instalaban en las camillas á los infelices que sacaban del interior.

Un oficial llegó á caballo, á comunicar al capitán Herrán, de órden del general Rangel, que á toda costa salvara á los que aun quedasen vivos en el cuartelito, esencialmente á las mujeres.

Algún trabajo costó aquello; pues la mayor parte de los héroes morian al recibir el aire frio del exterior; otros, moribundos casi, contemplaban con mirada vidriosa á sus vencedores, y los más fuertes levantaban los brazos con los puños crispados incorporándose con gesto de amenaza.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

Todos flacos como esqueletos, llevaban la ropa con cuajarones de sangre, negros de carbón y humo.

Los cadáveres eran echados á un lado, en montón, arrojándoles vigas ardiendo para calcinarlos: los heridos fueron llevados en las camillas á una casa próxima.

Ninguno pudo ir por su pié, pues si había cuatro ó cinco que no estaban heridos, estaban tan débiles por el hambre y la sed que se desvanecian cayendo en tierra.

El general que se negó á presenciar tan espantoso espectáculo, envió al Dr. Arellano.

Bajo un portalito semi destechado por el incendio que lo había respetado en parte, perpendiculares á las paredes ennegrecidas; tendidos boca arriba como en el *descanso* de un anfiteatro ó cual si estuviesen expuestos en una *Morgue* terrible, estaban en fila los últimos siete tomochitecos, retorciéndose, lívidos, contemplando con miradas de moribundo las lejanías del valle querido que se extendía desierto y melancólico.....

Y confundida entre los harapos desgarrados que los envolvían, también manchada de sangre, presa del ùltimo hipo, extendidos los brazos nudosos y flacos, había una mujer, ¡una mujer que se había batido también!

Tenía las manos quemadas por la pólvora y una canana vacía le cruzaba su pecho desnudo.....¡Era la mujer de Cruz Chávez!

El gran caudillo, el pontífice héroe, estaba á su lado, inmòvil el alto cuerpo, con una pierna hecha pedazos, un brazo atado con una venda azul con manchas de sangre; la cabeza de crespa y alborotada melena, descubierta; rodeándole su rostro flaco de nariz de águila, la gran barba negra que lo hacía aparecer aun mas imponente.

Asì, imponente en su actitud trágica de gladiador heróico al lado de su esposa y de su hermano desmayado de hambre; así lo vió Miguel, cuando pasó con su tropa, frente de aquella casa. Volvió el rostro para no mirar aquel espectàculo horrible, aquel enfilamiento de moribundos, colección de vivos mucho mas tétrica que una de cadáveres.. ....para no ver aquello inverosímilmente espantoso como pesadilla abominable de cerebro enfermo!

.....

Allá, en el campamento que se habia ensanchado apenas principió el incendio del cuartelito, habia una algazara inmensa, un desbordamiento de entusiasmo, gritos y carcajadas. Aquello mas parecìa feria que campamento...¡ya no había peligros ni fatigas; ya no se batirían mas; todo había concluido!

El sotol circulaba, y tropa, oficiales, paisanos y soldados, enardecidos por el triunfo, bebian y brindaban por sus cuerpos y sus jefes, por los nacionales de Sonora, por el general Rangel y por el Gobierno....hasta por los muertos y por los vencidos.

Miguel, sombrío, contemplaba con rostro de idiota el lejano horizonte de las montañas, el cielo de una limpidez purísima, maculado por el humo del incendio, la casa en plena ignición, los escombros de las casuchas casi demolidas; el rio pasando impasible à lo lejos; á su derecha y acá en primer término, los grupos alegres y bulliciosos de los soldados y oficiales que festejaban la victoria.

Derepente sonó una detonación, luego otra y otras más ....después, nada.

Se incorporó volviendo á la realidad como al despertar de un sueño.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

—¿Qué sucede? preguntó á un oficial que silbaba muy tranquilo un aire de zarzuela alegre.

—Nada, hombre, no te asustes, ya se acabó todo, los acaban de fusilar.

—¿A quiénes?....

—A quienes ha de ser, pen....co, á los ùltimos *tomoches.*

¡En efecto, así tendidos y moribundos como estaban, los acababan de fusilar! ¡Con el último tomochiteco había termidado la campaña de Tomochic!

***

En la tarde se nombraron faginas para efectuar la incineración de los cadáveres tendidos en el valle y las faldas de los montes. Se les amontonaban unos sobre otros, se les arrojaban grandes leños y se prendía fuego; era una cosa repugnante el espectáculo aquel, la fetidez insoportable que se desprendía invadiendo todo el valle.....

Agotada la leña, aquellos fatídicos montones continuaban ardiendo lentamente con su propia grasa, dispersando los miembros, trasformando los calcinados cuerpos, ennegreciendo cràneos pelados de espantosas cuencas y abriendo las bocas de los rostros, con gestos de ingentes carcajadas.

Hondamente preocupado con el pensamiento de Julia, Miguel intentó esa tarde interrogar á alguna de las mujeres prisioneras que salian á llevar agua á las enfermas; pero en el momento de ir á hacerlo, se mandò formar la fuerza del 9º para instalarla en otro lugar, allá en el límite del valle en una casa, al pié de la Sierra, y fuera del cacerío.

El 11º, 12º y 24º con el Estado Mayor, también cambia-

ron de instalación acampando en unos ámplios corrales, al lado del cerro de la Medrano; cerca de estos quedaron los nacionales de Sonora, Seguridad Pública y 5º Regimiento.

A cargo de este piquete se dejaron una gran cantidad de caballos, mulas, asnos, reses y carneros, animales todos recogidos en los campos abandonados.

Las *viejas* entraron desenfrenadamente á saco en aquellas cuantas casas destruidas á sangre y fuego, sacando cuanto encontraban, exponièndose á que algun techo se desplomara sobre ellas.

El subteniente Mercado quedò cerca del general para llevar órdenes en la noche á la nueva casa que ocupaba el 9º; y como esta distaba cerca de una legua del cuartel general, se le prestó un caballo con una montura de tropa.

Para llevar una órden tuvo que atravesar por entre las ruinas y el incendio aún no extinguido, y pasó á galope contemplando con pavor la dantesca escena, evitando las asquerosas hogueras, en que ardìan los cadáveres amontonados.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.